

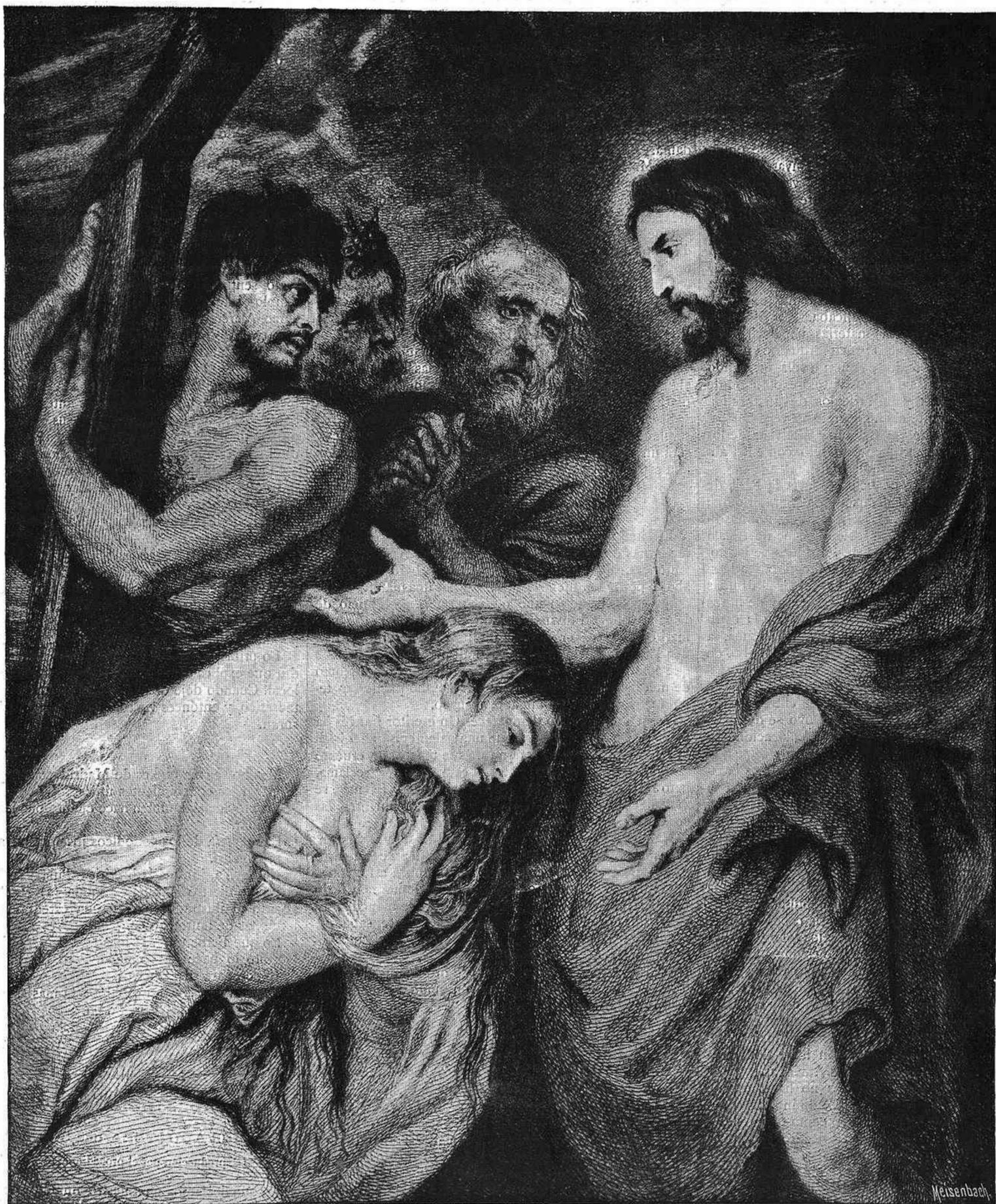


AÑO IV

→ BARCELONA 19 DE OCTUBRE DE 1885 ←

NÚM. 199

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA MUJER ADÚLTERA, cuadro por P. P. Rubens (reproduccion por el método Meisenbach)

## SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don Angel R. Chaves.—NUESTROS GRABADOS.—PILAR (conclusion), por don Juan Antonio Cavestany.—¡SI YO FUERA RICO! por don Luis Mariano de Larra.—REPRESAS TORRENCIALES, por don E. Benot.

GRABADOS: LA MUJER ADÚLTERA, cuadro por P. P. Rubens.—ORILLAS DEL LAGO DE LUGANO, dibujo por J. Marqués.—ISABEL CLAYPOLE Y OLIVERIO CROMWELL, cuadro por Julio Schrader.—ROSA CON ESPINAS.—ALGUNOS DE LOS MAYORES DIAMANTES DEL MUNDO.—EL MAESTRO DE DANZAR, cuadro por G. Mantegazza.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: DERECHO DE ENTRADA, cuadro por Hans Dahl.

## LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Las ferias.—Su historia.—Su carácter.—Su decadencia.—El hambre.—Un gobernador pidiendo limosna.—Cocinas económicas.—El juicio de Dios.—El duelo moderno.—El honor según Calderón.—Un drama naturalista.—¿Pero esos guardias para qué son?—El teatro español.—Propósitos vanos.—Un alcalde que pasará y un catedrático que se queda.—Un mantenedor del arte de Romero y Costillares.

Las ferias de Madrid son una de tantas cosas que han perdido su razón de ser y por tanto desaparecen. Aquí donde hay una exposición permanente de cuantos objetos reclama la necesidad o el capricho, el exhibirlos durante los últimos días de setiembre y primeros de octubre es una redundancia a que ya hasta los niños prestan escasa atención.

Por privilegio expedido por el no muy afortunado monarca D. Juan II de Castilla, en Valladolid á 18 de abril de 1447, hízose merced á la entonces no más que villa de Madrid de dos ferias francas por San Miguel y San Mateo, en remuneración y recompensa de haberle quitado las villas de Cubas y Griñon que eran suyas, para dárselas á un criado del supradicho rey, y la verdad es que por aquel entonces debió acoger el ilustre Concejo con extraordinario júbilo una gracia de que casi todas las poblaciones disfrutaban. Pero andando el tiempo les vino en mientes á los monarcas de la Casa de Austria la idea de elevar á Madrid á la categoría de corte y perdiendo con ello la villa todo cuanto de agrícola tuviera, quedó la feria relegada á un segundo término y fué muy otra cosa que lo que para otros pueblos significaba.

Ganados y cereales, primeras materias, por decirlo así, constitutivas de esos periódicos y extraordinarios mercados, se vieron excluidos de los de nuestra villa, quedando reducidos estos á una más ó menos vistosa exposición de mercancías trasnochadas y de artículos de difícil salida que, almacenados durante el año, lograban á veces malbaratarse en los días en que, por exhibirse á la vista de los compradores, encontraban quien cargando con ellos aliviara de tan pesada carga á sus dueños.

Con este carácter hemos conocido todavía la Feria de Madrid. Entonces no puede decirse que tuviera sitio fijo: todos los rincones y lugares más céntricos eran obligado asiento de los barateros, y mientras en la calle de Alcalá se mostraban los puestos de juguetes, residuos de las cochueles; las plazas de Santa Ana, el Progreso, las Descalzas, Santa Cruz y otras muchas quedaban obstruidas por enormes hacimientos de muebles viejos y de libros descabalados en que solía verse codeándose con la espada que tal vez ganó prez en Ostende y la Valtelina, la mellada tijera del esquilador; el útil ejemplar del libro de cocina con un tomo de comedias de Moratin ó de Comella, y el apollado morrion de un cabo de realistas con el no muy artístico retrato de un prócer, que entre sus desgracias tuvo la de que un descendiente suyo se deshiciera á bajo precio de su imagen para dar colocación á la del Chiclanero ó Curro Cuchares.

Más ¡ay! todo en este mundo es perecedero. Los bazares y almonedas abiertos todo el año han ido dando el golpe de gracia á la Feria, y la escrupulosidad de los municipios, no permitiendo que en las plazuelas haya otro obstáculo á la circulación que los raquíticos jardinillos á la inglesa con que hoy es costumbre embellecerlas, ha ido estrechando las distancias. Hace algunos años se relegó á los vendedores de caballitos de cartón y sables de hoja de lata, al Paseo de Atocha: hoy ya expulsados de tan apartado lugar, buscan un refugio en la calle de Alfonso XII y tal vez mañana ni aun allí se los tolere.

¿Dónde irán entonces? Lo probable es que á ninguna parte. Los niños hoy prefieren visitar los bazares de la Union y de la X; los bibliómanos que solían encontrar en los informes montones preciosos incunables y rarísimas ediciones elzevirianas, ahora sólo tropiezan con esos *edificantes* libros de las bibliotecas de á peseta y los prenderos han comprendido que la civilización huye de la cansada Europa y busca su refugio en las Américas.

La Feria de Madrid se va. Nosotros no hacemos más que asistir á su agonía. Nuestros hijos dirán á los suyos cuando llegue San Mateo: «Siendo yo como tú, me llevaban á Atocha ó las inmediaciones del Retiro á comprar me nueces y melocotones de Campiel.»

\* \*

Durante el verano hemos tenido una visita terrible: la peste, y para el invierno se nos viene encima como consecuencia, otra no menos espantosa: el hambre.

Una serie no interrumpida de calamidades, y otras

causas que no es este el lugar de señalar, han acabado con la mayoría de los recursos; la miseria ha asomado su escuálida cabeza á través de las desgarnecidas ventanas de muchos hogares en que antes se disfrutaba de una relativa holgura, y los ricos, como hacen siempre, después de dar unas cuantas monedas de cobre con *mano generosa*, han cerrado herméticamente la gabela y no se ve una peseta por ninguna parte.

De aquí que los que, según la frase popular, *tienen algo que perder*, se hayan asustado. Para ellos el hambre de los demás tiene mucho de compasión, no lo niego, pero estoy en que más aún tiene de miedo. El no tener lleva á veces á buscarlo por caminos que no siempre son del agrado de los tribunales. El grito de alarma entre las clases acomodadas es este: «Este invierno va á haber muchos robos.»

Lo que tiene es que en vez de poner remedio al mal por el camino más expedito, esto es, inventando industrias, proyectando obras y dando trabajo á los brazos que carecen de él, lo que hacen es contribuir con todas sus fuerzas al retraimiento del capital, contentándose con distribuir ese pan de la caridad que no puede menos de resultar insuficiente.

Para esto último se proyectan varias cosas. Entre ellas, una cuestacion entre el vecindario de Madrid hecha por el Gobernador Civil de la provincia y el obispo de la diócesis.

Muy loable nos parece este buen deseo, pero antójase nos que la primera autoridad local tiene á su alcance medios más eficaces y más conformes con la elevación de su cargo para remediar la aflictiva situación que nos amenaza. Aunque sea por cuenta ajena, nos disuena ver á un gobernador en activo, pidiendo limosna.

\* \*

No diremos seguramente lo mismo de otro pensamiento que para el mismo fin se propone realizar una egregia dama.

S. M. la Reina ha mandado recoger todos los datos necesarios para la organización de varias cocinas económicas, en las que encontrarán los menesterosos una alimentación sana y nutritiva.

Que tal pensamiento puede dar resultados prácticos, lo dice no sólo la lógica, sino los hechos mismos. Según el testimonio de periódicos locales que tenemos á la vista, en Santander, donde la miseria revestía ya caracteres alarmantísimos, se ha conseguido atajar en gran parte por medio de este arbitrio.

Gracias á la iniciativa del digno obispo de aquella diócesis, que dicho sea en honor de los santanderinos, se ha visto poderosamente secundado por todas las personas de alguna posición, hoy encuentran un abundante alimento diario más de tres mil indigentes.

Si en Madrid, como no podemos menos de esperar, se plantean de un modo análogo las cocinas económicas, será un motivo más de agradecimiento de esta población á la esposa del monarca.

\* \*

El duelo es un resabio que les queda á las sociedades modernas de los tiempos en que la razón era la fuerza. Entonces, sin embargo, era menos bárbaro que lo es ahora, porque al menos se le tenía por una manifestación de justicia. Cuando nadie dudaba que en el juicio de Dios la voluntad divina se manifestaba de un modo palmario dando mayor vigor á un brazo y más pujanza á una lanza, el duelo era hasta moral; pero cuando se sabe que sólo la casualidad ó el azar es quien guía el plomo de una pistola ó la punta de un florete, no puede ser tenido más que por abominable absurdo.

Y sin embargo, no desaparece. Un escritor francés ha dicho que no es otra cosa que una galantería que dirigimos á la muerte; pero para mí más le tengo por cruento sacrificio ofrecido en aras de una sociedad que reclama, pero no agradece, tan sangriento holocausto. Es más, se avergüenza de él; la prueba de ello es que mientras las costumbres lo autorizan, las leyes lo castigan.

Nadie ve el medio de acabar con el duelo y todos sentimos la necesidad de que desaparezca. El primer defecto que tiene, es que no remedia nada. Se aplica así como á modo de desinfectante en las cuestiones de honra, y de lo que sirve es de vocinglero propagador de la mancha. El ultrajado, además de exponerse á la muerte, sabe que cuanto logra, es que lo que sólo un limitado círculo conocía, se haga del dominio público.

Nuestros escritores de la edad de oro de nuestra literatura, jueces de mayor excepción en punto á decoro, han dicho por boca de Calderón:

El honor, cuanto es mayor,  
sin mirar otro respeto  
ha de quedar en secreto  
tan sólo porque es honor.

¿Y de qué modo se guarda ese sigilo? Poniéndole en manos de gacettilleros y en boca de desocupados. Por fin, en el siglo XVII no pasaba de aquellos *Avisos* manuscritos que hoy nos sirven de preciosa crónica de aquellos días; pero ahora los periódicos son innumerables y corren y se propagan con la velocidad del rayo. Ya que no podemos evitar el duelo, ¿porqué no somos más discretos?

Para predicar con el ejemplo, las antecedentes líneas son las únicas que á nuestro pesar nos permitimos co-

mentando ese fatal lance de honor ocurrido entre dos militares y que hoy preocupa la atención de todos.

\* \*

Mientras se abre el nuevo teatro de la Princesa, sin duda para iniciar al público de aquellos barrios en los secretos de las obras naturalistas, se representan estas al aire libre y con toda la *naturalidad* que su argumento requiere.

Un marido sorprendido infraganti en amoroso coloquio con una dama, hé aquí el asunto de una comedia no desprovista de recursos dramáticos, representada noches pasadas en la calle del general Castaños.

La primera condición que los naturalistas se imponen es que no quede la virtud triunfante y el vicio castigado. Así es que en esta, para no apartarse de las reglas, la apaleada ha sido la burlada cónyuge.

El resorte cómico de que se ha valido el autor, es, sin embargo, muy gastado. Como en la mayoría de las obras de menor cuantía, los guardias de orden público, si no han brillado por su ausencia, han quedado en una situación muy parecida á la en que quedan en el motín de las cigarreras de *Agua y cuernos*.

Visto el juicio crítico que la producción ha merecido de la prensa, los cándidos esperaban un epílogo, pero hay quien dice que el carácter del protagonista le hace casi imposible. Después de todo, es lógico que suceda así. Proceder de otro modo sería salirse de los moldes de ahora.

\* \*

Y á propósito de teatros. Otra vez ha vuelto á ponerse sobre el tapete una importante cuestión.

El Teatro Español, ese venerable anciano, que más sirve de recuerdo que de esperanza, ni siquiera tiene en la capital de la monarquía un alojamiento decente.

La misma casa, que puede decirse le vió nacer, sirve hoy de albergue al que es admiración de propios, envidia de extraños, y todo lo que se hace de cuando en cuando para que se disimule un tanto su *decoración de sala pobre*, es quitar con una escoba las telas de araña que el tiempo ha ido amontonando en sus paredes.

Cualquiera de los coliseos de última fila vale más que él. Cuando un extranjero visita por vez primera nuestro suelo, sentimos el rubor en la mejilla al decirle: Este es el templo destinado á rendir culto á Lope y Calderón, á Tirso, Alarcón y Moreto.

Y esto, no obstante, cien veces se ha pensado en construir un local digno de la grandeza del egregio inquilino y cien veces el proyecto ha fracasado.

Hoy se habla de una nueva tentativa que probablemente tendrá igual suerte que las anteriores. La plaza de Santa Ana, por su situación, por sus recuerdos y por la proximidad misma á la casa solariega de nuestro teatro, es el sitio que hoy ha fijado la atención.

Si algún día pasan de buenas intenciones semejantes proyectos, si el Teatro Español tiene al cabo un edificio digno, entonces será hora de pensar en otra cosa. En levantarle de la prostración en que actualmente se halla.

\* \*

La instrucción pública está de enhorabuena. El Alcalde presidente de nuestro municipio ha tenido al fin una idea digna de aplauso. Esta ha sido la creación de escuelas populares en la planta baja de la Casa Consistorial.

Lo primero que ha hecho ha sido reservarse una cátedra que explicará él mismo. ¡Es un medio de no salir del local! Cuando deje de ser Alcalde, entrará allí como catedrático, y entonces verá cómo ni las oposiciones le censuran.

\* \*

Mas no se crea que es de Madrid sólo el privilegio de propagar los conocimientos útiles.

En provincias también hace cuanto puede la iniciativa particular.

La mayoría de los periódicos insertan un anuncio que lo prueba así.

En Sevilla, junto á la histórica Puerta de la Carne, el conocido diestro Manuel Carmona (a) *el Panadero*, ha abierto al ilustrado público una cátedra en que se dan lecciones de tauromaquia.

Lo que Fernando VII hizo en grande, el hermano del Gordito lo hace en pequeño. Pero no dudamos que el éxito coronará sus esfuerzos.

Verán Vds. cómo su cátedra está más concurrida que las que ha fundado el Sr. Bosch.

ANGEL R. CHAVES

## NUESTROS GRABADOS

LA MUJER ADÚLTERA, cuadro por P. P. Rubens

(Reproducción por el procedimiento Meisenbach)

Lo que decíamos en nuestro número 197 á propósito de un lienzo de Murillo, es aplicable al célebre pintor flamenco, autor del cuadro que hoy reproducimos, una de las joyas de la Pinacoteca antigua de Munich. Rubens el fastuoso, el artista diplomático, el mimado de príncipes y princesas, el que en sus alegorías y escenas mitológicas,

reveló una afición á la carne mundana que ha comprometido ante la posteridad á muchas damas principales de las cortes en que hizo gala de su genio, de su esplendidez y de su apuesta figura; parece el artista ménos á propósito para tratar asuntos religiosos. Y sin embargo, no sólo cultivó este género, como los cultivó todos, sino que alguna de sus obras místicas, el *Descendimiento de la cruz* por ejemplo, son conceptuadas maestras por los más exigentes críticos.

La *Adúltera* que publicamos lleva indudablemente el sello de su autor. Ese dibujo, esos tipos, esa tendencia á la exhibición de carnes, son Rubens con todas sus condiciones de pintor quizás harto mundano. El misticismo no es la más saliente de este lienzo, ni en él ha demostrado su autor estar muy al corriente del hecho que ha pintado; en lo cual no es el único, por cierto, pues no sólo los grandes artistas de los siglos XVI y XVII, sino aún los grandes dramaturgos de aquellos tiempos, parecían desconocer, ó afectaban cuando ménos un desconocimiento de la historia, verdaderamente lamentable. Pero, ¿qué suponen en el sol aquellas que los astrónomos llaman manchas?

**ORILLAS DEL LAGO DE LUGANO,**  
dibujo por J. Marqués

Al artista amante de las bellezas naturales, y cuando se es verdaderamente lo uno no puede dejar de serse lo otro, le cuesta trabajo sumo despedirse de aquellos lugares que han deslumbrado sus ojos ó han excitado sus pensamientos. Tiene, empero, el buen dibujante una ventaja y es que, así como el galán enamorado se despide con ménos tristeza de su amada si se lleva el retrato de ésta, el pintor lleva en su *álbum* el apunte de los lugares que ha visitado con predilección y, generoso á fuer de artista, se complace en hacer que la copia proporcione á los demás una parte del goce que la realidad le ha proporcionado á él.

Así ha sucedido con Marqués, cuyos recuerdos de viaje han tenido ocasion de poseer nuestros favorecedores. Hoy publicamos una vista del lago de Lugano, ese lago que parece destinado á preparar al *touriste* para las impresiones de parecida índole que le aguardan en la incomparable Helvetia, de que le separa corta distancia. El artista ha reproducido las mansas aguas del lago que bañan la cuna de Bernardino Luini, detrás de la cual se levanta el monte Salvatore, el gigante de los gigantes de la cordillera.

**ISABEL CLAYPOLE Y OLIVERIO CROMWELL,**  
cuadro por Julio Schrader

Cuando la cuchilla del verdugo hizo rodar la cabeza de Carlos Estuardo, la corona de Inglaterra pudo deslumbrar por un momento á Cromwell, árbitro de los destinos del país, como más tarde Napoleon Bonaparte lo fué de la nación francesa. El jefe de los *independientes*, ídolo del ejército por sus victorias, pudo imponerse á sus conciudadanos y ceñirse la diadema cuyos privilegios habian costado tanta sangre... Pero el insigne hidalgo labrador, el general invicto de los ejércitos del Parlamento, tenía á su lado una Egeria que le alejó de la tentación, si es que ésta llegó á revestir verdadera forma de tal.

Lady Claypole, la hija del protector, presintió que una corona bajo cuyo peso se habian doblado sobre el sangriento tajo, en poco tiempo, las cabezas de cuatro reinas y de un rey, habia de abrumar, sin duda alguna, la de su padre, exaltado á la suprema dignidad por la fuerza de las circunstancias, más que por sus relevantes cualidades. Isabel destruyó tal vez las ilusiones de Cromwell, pero obró como buena hija y como buena inglesa.

Schrader ha trazado de mano maestra la escena entre Oliverio é Isabel, de suerte que á la vista de la vacilación del general y del ademán significativo de la lady, nadie deja de comprender el argumento del cuadro, ni puede dudar del triunfo alcanzado por la prevision de la hija de Cromwell.

**ROSA CON ESPINAS**

Tiene por asunto este dibujo una de las escenas del conocidísimo cuento de Perrault *La belle au bois dormant*. Y decimos que este cuento es de Perrault por cuanto á este elegante narrador se debe una de sus versiones más generalizadas; pues esto aparte, la fantástica tradicion de la princesa dormida durante cien años, figura en todos los países donde de antiguo las abuelas distraen á sus nietos con relaciones maravillosas. Representa la escena el momento en que, curpiéndose la amenaza del hada, la princesa se apodera del huso, cuya herida ha de someterla á un letargo de un siglo.

**Algunos de los mayores diamantes del mundo**  
(TAMAÑO NATURAL.)

En la pág. 79 del tomo tercero de nuestra ILUSTRACION habrán visto nuestros lectores un artículo relativo á los *diamantes*, debido á la pluma de D. Cecilio Navarro. En él se dan bastantes detalles acerca de las soberbias piedras representadas en el grabado que hoy insertamos y que sirve como de complemento á aquel artículo.

**EL MAESTRO DE DANZAR,**  
cuadro por Mantegazza

Sabido es que una de las enseñanzas que con preferencia daban á sus hijos las familias más aristocráticas del último tercio del siglo pasado y de los primeros años del presente, era la de la danza. Bien podian sus ilustres herederos ser ignorantes en ciencias, artes, etc.; bien podian muchos de ellos trazar apénas en descomunales rasgos

su ininteligible firma: lo principal era lucir su destreza en un minué ó una contradanza, á cuyo fin se les obligaba á dar una prolongada leccion diaria desde su más tierna edad, leccion á que se atribuía tanta importancia, que la familia entera la presenciaba.

Esta costumbre es la que ha inspirado al profesor Mantegazza su bonito cuadro que respira vida y movimiento, en el que están agrupadas las figuras con inteligencia y que se distingue, además, por su colorido local y de época.

**SUPLEMENTO ARTÍSTICO**

**DERECHO DE ENTRADA, cuadro por Hans Dahl**

Este bellissimo cuadro es una nueva demostracion de que no hay asunto trivial y realista que no pueda ser tratado simpática y hasta elegantemente por un artista de verdadero talento. Su accion pertenece á un género hasta sobrado picaresco si se quiere; pero está ejecutado en tan delicada forma, la malicia reviste en él una expresion tan candorosa, digámoslo así, que la realidad no es repugnante, antes bien la atraccion del genio viene á ser en este caso, el pabellon que cubre la mercancía. Désele este asunto á un émulo de Courbet, y de fijo resultará hasta repugnante. Y sin embargo, ¿quién se atrevería á negar que el cuadro de Dahl es un modelo de intencion, de expresion y de verdad?

**PILAR**

(Conclusion)

Volvió la cabeza y al dirigirse á cerrar la puerta de su gabinete, un extraño espectáculo se ofreció á su vista.

En un gran salon, situado frente por frente del cuarto que él ocupaba, diez ó doce jóvenes, alegres y alborotadores, aplaudian rabiosamente á un compañero suyo que vaciaba una botella de *champagne* sobre la cabeza de otro tendido sobre la mesa, pronunciando durante esta operacion las palabras sacramentales del bautismo. Otro, subido tambien sobre la mesa con una copa del precioso líquido en la mano, arengaba á un grupo de mujeres hermosas y ricamente ataviadas, mientras un segundo compañero descargaba sobre su espalda, á modo de ducha, una botella de agua helada que puso fin al discurso y al equilibrio de su amigo; y en todo el salon se notaban señales y restos de una verdadera orgía.

Unos gritaban desaforadamente, queriendo en vano hacerse oír entre el tumulto de tantas voces distintas; otros, tendidos en el suelo ó sobre las butacas, sufrían las consecuencias materiales de la embriaguez, y otros, con risas destempladas ó con llantos amarguísimos, indicaban el efecto triste ó alegre que en su cerebro producian los vapores del vino.

Ricardo se dirigía, como ya he dicho, á cerrar la puerta de su gabinete, cuando un grito sordo, penetrante, espantoso, se escapó de sus labios.

En el fondo de aquel salon, más pálida, pero quizá más hermosa que nunca, habia visto á Pilar.

IV

Pilar, desde la primera vez que vió á Ricardo y sin que ella misma se explicase la causa de tal curiosidad, habia procurado adquirir informes de él.

—¿Qué me importa á mí de ese hombre?—se decia muchas veces queriendo alejar de su pensamiento su recuerdo, que insensiblemente iba haciéndose dueño y señor de su albedrío.

Pilar no era la misma. Sus ojos habian perdido la inquieta ligereza que los caracterizaba; su mirada era más dulce y melancólica que nunca; en sus mejillas la azucena habia sustituido á la rosa y en su boca se habia borrado la sonrisa, como si la flor del granado de sus labios se empeñase, avara, en ocultar entre sus hojas aquella doble hilera de gotas de rocío.

La corriente de la vida aventurera la arrastraba y ya no era posible retroceder.

Inmóvil y ensimismada, como otras veces feliz y alegre, contemplaba en aquel salon los repugnantes estragos de la orgía, cuando vió aparecer á Ricardo.

Una conmocion rápida, horrible, experimentaron ambos jóvenes al hallarse uno en frente de otro.

Jamás se habian hablado, pero ¿qué importaba? La misma idea los unía, los arrastraba el mismo sentimiento y como si una fuerza eléctrica los impulsase, olvidados del mundo que los rodeaba, corrieron á encontrarse aquellos dos seres que sin haberse dicho una palabra sentían sus almas estrechamente enlazadas.

—¡Pilar!  
—¡Ricardo!—murmuraron ambos jóvenes con un grito involuntario que se escapó del fondo de sus corazones. Y un rayo de luna, entrando por la ventana del gabinete de Ricardo, vino á alumbrar el misterioso grupo.

Ambos callaron... pero habló el silencio. Buscáronse sus ojos y se revelaron lo que sus labios jamás hubieran podido revelar. ¡Cuántos proyectos de amor, cuántas esperanzas para el porvenir, cuántos sueños de gloria, encerraron aquellas miradas! Al violento choque de sus ojos brotó de nuevo en sus almas la chispa de la pasión, encendiéndose la hoguera y el amor circuló por sus venas en corriente de fuego.

—¡Cuánto te amo!—dijo Ricardo estrechando la mano

que Pilar le abandonaba; pero la jóven, sublimada por el amor y volviendo con repugnancia la vista á su pasado, contestó con voz débil y apagada:

—¡Dí más bien que te avergüenzas al encontrarme de esta manera!

Aquellas palabras hicieron volver en sí á Ricardo. El palacio de su felicidad se desmoronaba, marchitábase al nacer la flor de su esperanza, y roto el velo de la ilusion, la realidad heló la sangre en sus venas. Pilar, la cortesana sorprendida por él en el desenfreno de la orgía, no era digna de aquel amor y ella misma lo confesaba.

Era preciso poner fin á semejante escena.

Quiso huir y las fuerzas le faltaron; buscó en su alma decision y energía para abandonar á Pilar y sólo encontró en ella amor y ternura: intentó romper para siempre el lazo que los unía y sus manos involuntariamente se estrechaban cada vez más, como si quisieran impedir que nadie separase aquellos dos corazones que tan perfectamente se comprendían.

En vano pensaba en los errores de su vida, en vano él mismo se la fingía degradada y envilecida; el amor disputábase al vicio su presa, la ternura triunfaba de la dignidad, y Ricardo, al encontrarse tan cerca de aquella mujer, sólo pensaba en su amor; en ese amor que da fuerzas para todo, y es débil y cobarde para romper la cadena que forman á nuestra voluntad los encantos de la mujer amada.

Sin embargo, tuvo un momento de energía: era necesario separarse de Pilar y no queria retardar más tiempo el momento de la separacion.

Hizo un esfuerzo supremo y, queriendo alejarse violentamente de su lado, exclamó:

—¡Adios para siempre!...

—¡No, por Dios, Ricardo mio; no me abandones!—murmuró Pilar, que vió cerrarse ante sus ojos aquel espléndido horizonte de amor y de ventura.—Tuya es mi alma: tú has arrancado á mi pecho el primer latido de amor y para tí será el último que exhale.

Y diciendo esto atrajo á Ricardo suavemente hácia sí. La lucha estaba empeñada y la victoria no tardaría en decidirse.

Ricardo vaciló: aquel acento habia llegado al fondo de su alma; aquella voz palpitaba en sus oídos como la más suave y regalada de las armonías.

Miró á Pilar. ¡Qué hermosa estaba en aquel momento! Sus ojos brillaban de un modo indescriptible, y el fuego del amor, reflejándose por primera vez en las correctas líneas de su semblante, parecía rodear de una aureola de luz aquel rostro resplandeciente de hermosura.

Ricardo, obedeciendo al movimiento de Pilar, se dejó atraer por ella hácia el borde de la ventana. La brisa suave de la noche rozó su frente abrasada por la lucha de mil ideas distintas.

Sólo el ruido misterioso y lejano del viento suspirando entre las hojas de los árboles, turbaba el silencio; la luna brillaba melancólicamente y el amor batía sus alas en torno de los amantes.

Ricardo se acercó á Pilar, y no pudiendo contener por más tiempo esta declaracion, murmuró á su oído:—¡Te amo y te amaré siempre!

¿Cuánto tiempo estuvieron juntos Pilar y Ricardo? No lo sé. El reloj, con su inflexible exactitud, seguramente marcaría muchas horas cuando se separaron, pero, seguramente tambien, á ellos les parecerían un instante.

El tiempo, que camina con piés de plomo para el dolor, tiene alas de águila para el placer. Y sin embargo, siempre es el mismo.

V

Al día siguiente de esta escena, Ricardo cayó enfermo. Una fiebre altísima y un delirio incesante se apoderaron de él y pusieron en grave riesgo su existencia.

Cerca de un mes estuvo luchando entre la vida y la muerte, cuando una crisis favorable puso fin á la inminencia del peligro. Sin embargo, los médicos aseguraron que la convalecencia habia de ser penosísima, y así sucedió.

La persistente debilidad y la falta de fuerzas que produjeron en él los estragos de la enfermedad, tardaron mucho tiempo en desaparecer.

Cuando, vuelto en sí de su delirio, quiso ordenar sus ideas y recordar lo pasado, las anteriores escenas flotaban como un sueño en su memoria.

Sin embargo, en medio de esta incoherencia, un recuerdo fijo, imborrable, llenaba su pensamiento: el recuerdo de Pilar.

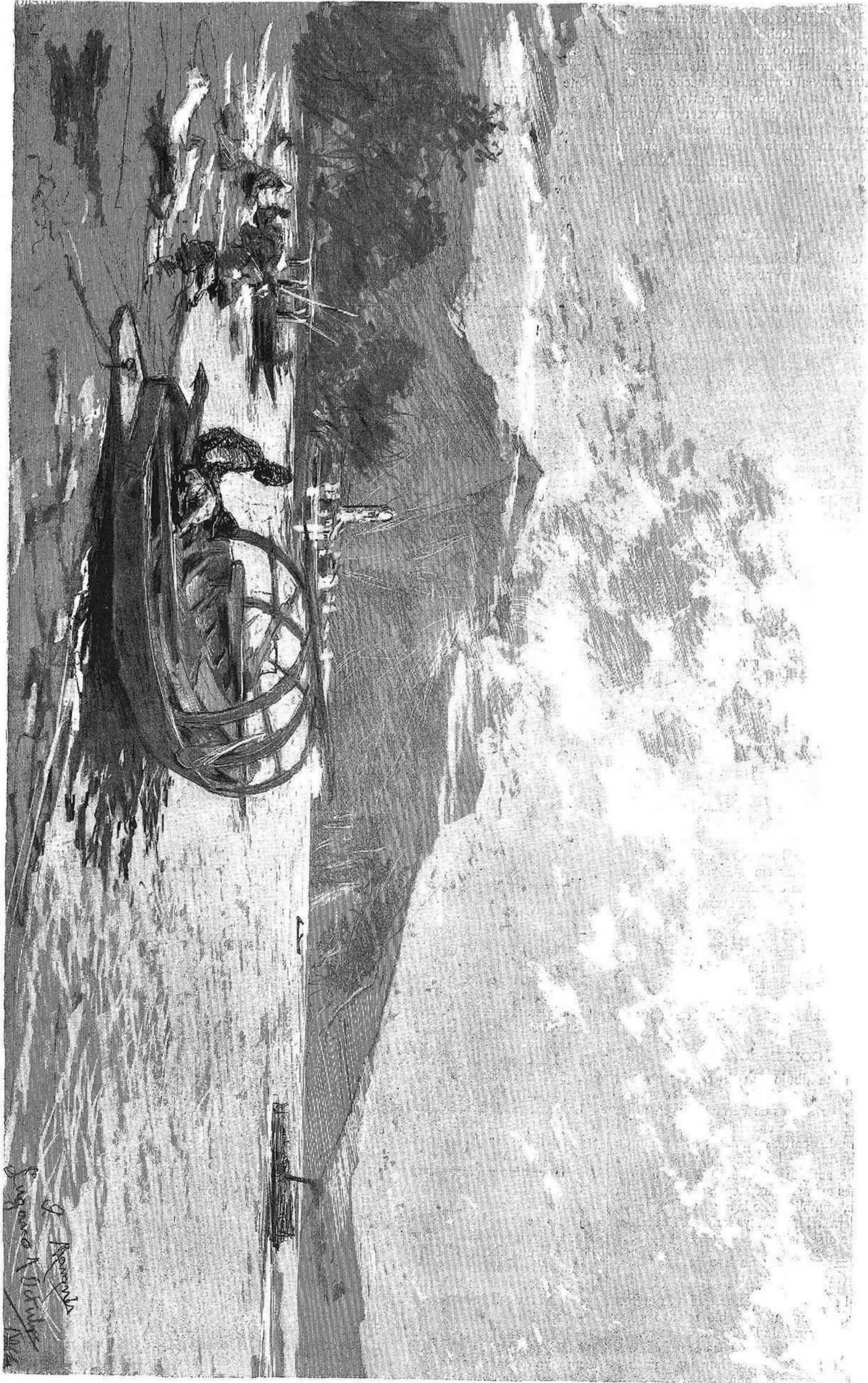
Poco á poco fueron aclarándose sus ideas y el recuerdo fué engrandeciéndose en su alma hasta llegar á absorberla por completo.

Prisionero en los muros de su alcoba, por mandato facultativo, pensaba en Pilar, murmurando con amargura: —¡Dos meses sin verla! ¿Qué pensará de mí?—y aquellas paredes llegaron á ser para él tristes y sombrías como las del más negro calabozo.

Mas todo acaba en el mundo. Llegó por fin el suspirado día de recobrar la perdida libertad, el día de volverla á ver, el día de convertir en hermosas realidades todos los sueños de amor acariciados en dos meses interminables de ausencia y de amargura.

La felicidad no suele ser rencorosa, y Ricardo, al verse en la calle, casi daba por bien empleadas sus penas anteriores que le proporcionaban aquel instante de suprema alegría.

Llegó á casa de Pilar, trémulo de placer, radiante de



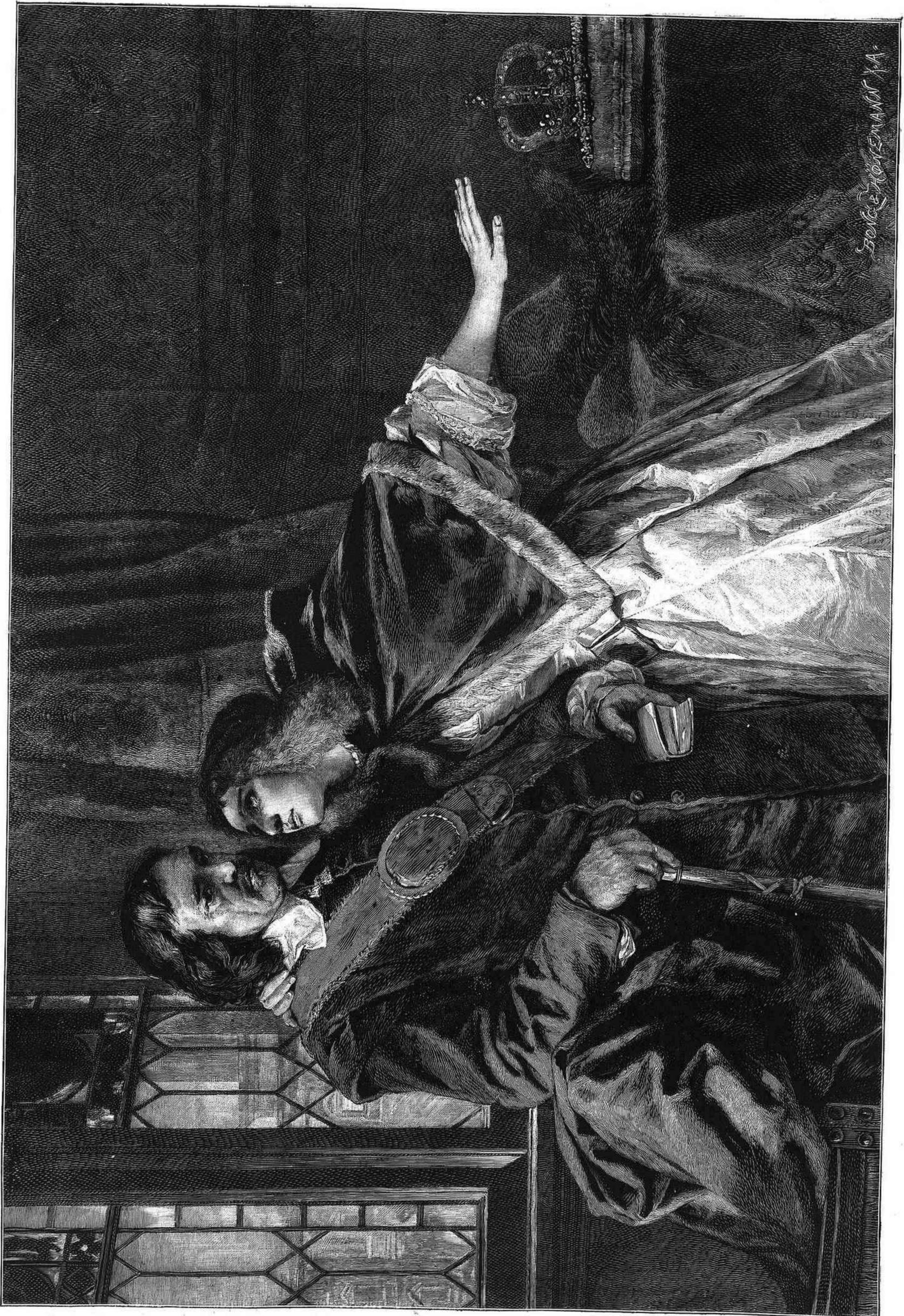
ORILLAS DEL LAGO DE LUGANO, dibujo por J. Marqués





DERECHO DE ENTRADA, CUADRO POR EL PINTOR NORUEGO HANS DAHL





ISABEL CLAYPOLE Y OLIVERIO CROMWELL, cuadro por Julio Schrader

gozo, palpitándole el corazón con tal violencia que á decir verdad parecía que el rapaz vendado se estaba entreteniéndose en disparar sobre él una á una todas sus flechas.

Preguntó por ella y ya se disponía á subir la amplia escalera, cuando le contestaron:

—Esa señora hace ya más de un mes que no vive en esta casa.

—¿Dónde vive entonces?—replicó Ricardo.

—No sé: debe haber salido de Madrid.

—¿Que ha salido de Madrid?—insistió Ricardo con extrañeza.

—Quizá sea para V. esta carta que dejó al partir. Dijo que si venía este caballero se la entregara,—repuso el portero enseñando un papel á Ricardo.

—A ver,—exclamó éste leyendo el sobre con angustia.

—Sí; para mí es con efecto: muchas gracias.

Ricardo salió de aquella casa y se dirigió á la suya sin atreverse á abrir la carta.

—Sin duda, aquí me dirá dónde se encuentra,—pensaba el joven,—sin duda pronto volveré á verla,—se decía, y sin embargo su mano temblaba y dos ó tres veces se detuvo á rasgar aquel sobre que iba á descubrirle el velo del enigma.

Por fin lo abrió. Leyó con avidez el contenido de la carta y una ansiedad infinita primero, y un dolor sin límites después, se reflejaron en su rostro, mientras pasaba la mano por sus ojos, como queriendo cerciorarse de que no soñaba.

La carta decía así:

«Ricardo: Te dejo esta carta por si alguna vez te acuerdas de mí y quieres saber qué fué de aquella Pilar que tan feliz hubiera sido á tu lado.

»Un mes entero te esperé: no has venido... lo comprendo. Te avergüenzas de mí; haces bien: yo tambien me avergüenzo de mi vida anterior y sé que no soy digna de tí.

»No me busques, porque será inútil: no me encontrarás. Voy á ocultarme en el último rincón del mundo á esperar el consuelo que Dios me envía.

»¡Adios, Ricardo mio! Por si llega á tu poder esta carta te repito lo que ya te dije aquella noche de amor y de redención, cuyo recuerdo durará en mí lo que mi vida: tú has arrancado el primer latido de amor á mi pecho y para tí será el último que exhale.—PILAR.»

Al terminar la lectura de esta carta Ricardo dejó escapar un suspiro y quedó inmóvil, petrificado.

Una hora después vinieron á sacarle de su postracion.

En aquella hora el dolor había conseguido lo que en dos meses no había conseguido la enfermedad.

Ricardo había envejecido.

## VI

Pasaron veinte años.

Ricardo había recorrido el mundo entero en busca de Pilar sin conseguir encontrarla. La predicción de aquella carta se había cumplido. Sin embargo, como, según el famoso cantar:

Ausencia es aire  
que apaga el fuego chico  
y aviva el grande,

la llama de Ricardo se había avivado de tal modo con la ausencia que, aislado del mundo y consagrado durante veinte años al culto de una pasión, habíase familiarizado tanto con la soledad, que puede decirse que ella era su único amigo.

Ricardo había cambiado extraordinariamente durante ese tiempo.

La primera nevada del otoño de la vida cubría con blanco sudario su antes negra cabellera, y en su rostro, nublado por el dolor, notábanse bien claras las huellas de una prematura vejez. Ricardo era un anciano, cuando apenas llegaba al apogeo de su vida.

Nada había en el hombre de hoy de rugoso rostro, blanco cabello y cuerpo agobiado más por las amarguras que por los años, que recordase aquel gallardo mancebo de arrogante postura y varonil belleza realizada por el fuego de la juventud.

Corría á la sazón el mes de mayo.

Era una noche serena y diáfana como aquella en que Pilar y Ricardo se hablaron por primera y última vez.

Ricardo, atraído por los recuerdos, único ideal de su vida, entró en aquel gabinete donde, veinte años antes, había trascurrido la noche más feliz de su existencia.

Todo estaba lo mismo. El balcon entreabierto, el cielo cuajado de estrellas, la tierra impregnada de perfumes, el viento gimiendo entre los árboles y en el fondo de aquellas alamedas la luna proyectando las mismas sombras, las mismas siluetas, los mismos efectos de luz.

¡Sólo faltaba Pilar! Todo la reclamaba como el ángel de aquel cuadro misterioso y sublime: el viento con sus suspiros, el campo con sus flores, el cielo con sus estrellas y hasta la luz de la luna penetrando por el balcon parecía buscarla de nuevo para depositar en su frente el tembloroso beso de sus rayos.

Ricardo contemplaba abstraído la semejanza de aquel espectáculo con el que veinte años antes ofrecía el mismo gabinete, cuando sintió bajo su pié un objeto extraño: era un pequeño medallon de oro, con una cadena del mismo metal que seguramente debía haberse desprendido del cuello de alguna mujer.

Bajóse á recogerlo con indiferencia y al fijar en él la vista, dejó escapar un grito de profunda sorpresa.

¿Estaba soñando? ¿Era aquello un delirio de su imagi-

nacion exaltada, ó era efectivamente el retrato de Pilar el que contemplaban sus ojos? Sí; no cabía duda: era Pilar.

Seguía registrando escrupulosamente el misterioso medallon, cuando la sorpresa, convertida en espanto, se reflejó de nuevo en su semblante.

Al lado del de Pilar estaba su retrato.

¿A quién pertenecía el medallon? No podía ser á otra que á Pilar, á Pilar que guardaba su imagen, que lo recordaba, que lo amaba aún y que había vuelto como él al sitio, testigo de su amor, para despertar con su presencia los mal dormidos recuerdos de aquella noche inolvidable.

Iba á verla, iba á encontrarla de nuevo después de veinte años de inútil esperar, y su pecho latía con igual violencia que aquel día, primero de su infortunio, en que corrió á su casa convaleciente aún de su enfermedad.

Influido por estos pensamientos, sentía Ricardo renacer en su alma la esperanza, cuando un cercano rumor de voces y carcajadas vino á sacarle de su abstracción.

El rumor provenía del mismo salon donde veinte años antes encontró á Pilar entre el destemplado estruendo de la orgía.

Un cuadro, semejante á aquel, se ofreció á su vista.

En el salon reinaba el más completo desorden y cien voces se mezclaban en gritería confusa y discordante. Grupos alborotadores de hombres y mujeres, parejas dispersas, botellas vaciándose sobre el blanco mantel, flores marchitas y abandonadas y luces moribundas; todo hacia presumir que allí acababa de celebrarse el más desenfadado de los banquetes.

—¡Eh! ¡Que se va Pilar! ¡Que se va Pilar!—gritaron en el salon á un mismo tiempo varias voces distintas.

—Vuelvo, amigos míos,—contestó una voz clara y vibrante,—voy á buscar un medallon que he perdido.

Al escuchar aquellas palabras, Ricardo fijó sus ojos con espanto en la puerta del salon.

Era no cabía duda; iba á ver á Pilar, pero ¿cómo iba á verla!... No redimida por el amor como esperaba, sino envilecida como ántes, manchada con el fango del vicio y arrastrada siempre por la corriente de aquella vida infame y aventurera.

De pronto sintió un horrible estremecimiento; Pilar había aparecido ante sus ojos.

Pero no era aquella Pilar que él esperaba encontrarse, gastada por los años y en el ocaso de su belleza; era Pilar más hermosa que nunca, más joven aún que cuando la vió por vez primera, como si el tiempo, léjos de marcar en su rostro las huellas de su paso, se hubiese complacido en añadirle cada día nuevos hechizos.

Su extraordinario parecido, su mismo nombre, ofuscaban á Ricardo; pero ¿era posible que Pilar conservase aún aquel semblante lleno de juventud y de frescura? Las flores más delicadas son las primeras que se marchitan: por eso dura tan poco la hermosura de la mujer.

—No debe ser Pilar,—pensaba Ricardo,—pero entonces,—continuaba sumergido en un mar de dudas y confusiones,—¿cómo puede darse la extraña casualidad de tan completa semejanza?

Diciendo esto, una idea asaltó su mente; acercóse á Pilar y alargándole el medallon, exclamó:

—Esto debe ser lo que V. busca.

—Muchas gracias, caballero,—contestó la joven sin mutarse.

No era Pilar seguramente: Pilar lo hubiera reconocido. Pero si no era ella, ¿cómo estaba en su poder aquel medallon que contenía su retrato?

Ricardo se estremeció.

—¿Puedo saber,—preguntó,—de quién proviene esa joya?

—De mi madre,—contestó la llamada Pilar.

—¿Vive?

—No señor; murió hace quince años, cuando yo apenas contaba cuatro, en una pequeña aldea de Andalucía.

—¿Cómo se llamaba?

—Pilar, como yo.

Ricardo sintió una angustia indescriptible. La evidencia disipaba de una vez todas sus dudas.

¡Aquella era la hija de Pilar!...

Un horrible escalofrío circuló por todo su organismo; sintió que las fuerzas le faltaban, que su vista se oscurecía y cayó exánime á los piés de la joven, exclamando:

—¡Pobre hija mia!

Al día siguiente anunciaban los periódicos la muerte de Ricardo, producida por una congestión cerebral fulminante.

JUAN ANTONIO CAVESTANY

## ¡SI YO FUERA RICO!

CUENTO REALISTA

La vida humana es una lucha.

El hombre ha nacido para el combate. Todos los seres de la creación se destrozan unos á otros, y todos están armados para defenderse. Desde el hombre pastor, tipo primitivo del más antiguo estado social, hasta el Ministro de Hacienda de nuestros días, el tipo moderno más acabado de nuestros luchadores, la existencia de la humanidad ha pasado de guerra en guerra y de combate en combate, por todas las luchas posibles. Guerras de raza, de religion, de conquista, de sistemas filosóficos, de escuelas, de nacionalidades. Guerras simbólicas, como las

de la cruz y la media luna: la rosa blanca y la rosa encarnada: los blancos y los azules; guerras escolásticas como las de los platónicos y los epicúreos, las de Alcalá y Salamanca, las de la Sorbona y los enciclopedistas; y guerras, por fin, literarias como las tres que llevamos ya en lo que va de siglo. Primera: la de los afrancesados contra los españoles antiguos, capitaneados aquellos por el insigne Moratin y defensores estos de todos los autores de los siglos XVII y XVIII: segunda, la de los clásicos y los románticos, que por espacio de diez años hizo gemir á todas las prensas de Europa en eternas escaramuzas y continuas batallas; y tercera, y última por ahora, la de los realistas y los espirituales.

Dejemos para los aficionados á los estudios antiguos, todas las guerras literarias que duermen en la mansion del olvido con sus valientes capitanes y sus ignorados soldados de fila, y ocupémonos por breves momentos, de la guerra actual que nos divide, literariamente hablando.

Sucede en las guerras literarias, lo que en todas las guerras: que todo el mundo habla á un tiempo y que nadie se entiende. Si los hombres se entendieran no habria guerras nunca. Por desgracia ni los hombres se han entendido nunca, ni se entienden hoy, ni se entenderán jamás. Necesitan sólo para pelear un nombre, un símbolo, una palabra, y apenas se inscribe esta en una bandera, ya hay jefes, soldados y adeptos, que piensan sólo en exterminar el nombre, la palabra ó el símbolo escrito en la bandera contraria; sin averiguar si, en el fondo, aquellas palabras quieren significar lo mismo, y sin analizar si los ideales, los medios y hasta el mismo pensamiento, agitan y ponen en constante divergencia los dos campos beligerantes. Todas las guerras concluyen acercándose los contendientes; pero como estos no se acercan jamás, las guerras durarán tanto como dure la humanidad terrestre habitando este humilde planeta.

¿Qué dice, qué defiende, qué proclama la escuela realista? Que en literatura todo debe sujetarse á la verdad: que se debe pintar al hombre tal como es, para que estudie y aprenda cómo debe ser: que no hay vicio, plaga ó enfermedad social que no pueda ser descrita, analizada y detallada por cruel, repugnante y horrible que sea, siempre que el fin moral del escritor sea el perfeccionamiento de las leyes, las costumbres y las pasiones humanas. ¿Es esto lo que, con caracteres de novedad y con orgullo de innovación, nos predicán constantemente los jefes, los sacerdotes, los prohombres de la escuela realista? Pues señores nuestros: ni la idea es nueva, ni son nuevos los procedimientos, ni es innovadora la escuela. La cosa ha existido siempre y las obras inmortales de todos los genios literarios de todos los países, son aquellas que más se acercan á la verdad humana. Sin remontarnos á la literatura griega y latina, que nos darían mil ejemplos, sabidos por todos, de la exactitud de nuestro aserto, y sin extendernos á analizar la obra de Shakespeare (como ahora se dice), uno de los escritores más realistas del mundo, nos encontraremos con el preceptista Boileau, autor de los más clásicos, diciéndonos:

Rien n'est beau que le vrai; seul le vrai est aimable.

Descenderemos á nuestro teatro español de mediados de este siglo y oiremos á Tamayo, en su discurso de recepción en la Academia Española, defender y proclamar como *summum* de belleza la verdad en el teatro.

«Nadie habrá que niegue ser el hallazgo de lo verdadero, no sólo el fin más digno á que aspira nuestro entendimiento, sino tambien necesidad imperiosa á que obedece en todas sus operaciones. Ni toca más á la ciencia que inquirir y demostrar la verdad, como hecho positivo, ni más que analizarla como pura abstracción á la filosofía, ni más que representarla como realidad sensible á las artes en general. Si no á imitarla ó reproducirla ¿á qué otro objeto superior pudiera aspirar el ingenio? ¿Acaso á crear un nuevo mundo? Creador no hay más que Dios.»

No soñaba en alzar su estandarte revolucionario la moderna escuela realista, y ya Balzac había inmortalizado su nombre con obras verdaderas, reales y humanas, sin que puedan llegar jamás las *Nanas* de Zola ni los *Nabades* de Daudet, al *Père Goriot* del inmortal autor de la *Comedia humana*.

¿Qué hay, pues, aquí, y cuál es el misterio de este pugilato literario? Primero una palabra: después una desdicha. Donde ellos escriben *realismo*, leamos nosotros *realidad* y todos estaremos de acuerdo. Esto en cuanto á la palabra. La desdicha consiste en que los adeptos, los secuaces, los discípulos de la escuela, digámoslo así, extremen en la forma, por lo ménos, los sucesos y los personajes reales, y en vez de hacerlos efectivos y reales, los hacen realistas; pero no realistas á lo Balzac, ó á lo Zola, sino voluntarios realistas, á lo Calomarde ó á lo Chaperon; de todo lo cual resulta, que los escritores, si han de querer dar á sus obras condiciones de viabilidad literaria, tienen que ser realistas, en la verdadera acepción de la palabra; han de procurar pintar al hombre como real y verdaderamente es; ya que la verdad y la realidad han sido, son y serán, en todos los tiempos y en todas las literaturas, fuente de lo bello y manantial inagotable de la posible perfección humana.

Y terminado este preámbulo, ya comprenderán mis queridos lectores que llamo á *¡Si yo fuera rico!* cuento realista, no porque en su forma descarnada y material pertenezca á la nueva escuela, sino porque siendo real y humano, me asiste el derecho de darle aquel calificativo, si no el más simpático á mis ojos, el más verdadero. Y va de cuento.

I

Cruzaba el pobre Kaleb por el mercado de Bagdad, para ir al trabajo, cuando se detuvo al oír los gritos de un pobre diablo á quien dos guardas querían llevar por fuerza á presencia del Cadí.

—¡Miserable de mí!—exclamaba el preso.—Por dar de comer á mi padre y á mi hermana pedí prestados cincuenta cequeís. Como el año ha sido malo, he tenido que vender al fiado mis mercancías: no me han pagado los compradores, y mi acreedor inhumano me reclama como esclavo suyo, por no haberle podido devolver la cantidad prestada. ¿Qué será de mí? ¿Quién velará por mi anciano padre? ¿Quién socorrerá á mi pobre hermana Zora, ni quién querrá casarse con ella, pobre y miserable?

Kaleb, con los ojos henchidos de lágrimas, murmuraba: —¿Es posible que no haya entre todos estos mercaderes un hombre generoso que libre al hijo de la esclavitud, socorra al padre y se case con Zora, sin dote? ¿Por qué no he de ser yo más que un pobre trabajador? ¡Ah! ¡si yo fuera rico!

Prosiguió el jóven Kaleb su camino y se encontró de manos á boca con un antiguo amigo de su familia á quien saludó humildemente diciéndole:

—Salud á tí, digno y dichoso Alhacin, que posees la confianza del señor más rico y considerado de Bagdad.

LUIS M. DE LARRA

(Continuará)

REPRESAS TORRENCIALES

El fenómeno de las mareas hace necesario el clasificar los puertos en dos grandes clases: puertos mediterráneos y puertos oceánicos.

En los mares mediterráneos es insensible la diferencia de los niveles de la superficie del mar, y en sus puertos los barcos se encuentran siempre á flote. Las maniobras para la entrada y la salida no encuentran obstáculos por parte de las corrientes de flujo ó de reflujó, pues en ellos no existen, y las embarcaciones están constantemente en las dársenas á la altura de los muelles; por lo que no ofrece dificultad especial la carga y la descarga de las mercancías.

Pero en los puertos oceánicos, siempre el agua baja y sube: regularmente dos veces cada 24 horas y 50 minutos: en unas partes más, en otras ménos. En muchos puertos de marea, las embarcaciones se quedan en seco á la baja

mar; y, á fin de evitar los retardos, la pérdida de tiempo y los demás inconvenientes que, para la carga y descarga, presenta esta perpetua diferencia de altura de las cubiertas de los buques respecto del plano de los muelles, se han ejecutado últimamente obras inmensas en los puertos principales del mundo, donde las mareas son de más amplitud. Los antiguos barcos de madera podían sin reparo quedar en seco á la menguante, y hasta se construían contando con esta circunstancia; pero, desde que han variado las condiciones de la arquitectura naval, es necesario mantener siempre flotantes los grandes buques de la construcción moderna. Al efecto, los grandes puertos de marea de las naciones adelantadas tienen extensos estanques que se llenan de agua á la pleamar, llamados por los franceses *bassins à flot*, y por los holandeses *doks*, donde siempre los buques encuentran fondo suficiente; pues por medio de poderosísimas compuertas, se impide la salida del agua á la bajamar. En el Havre hay ocho *bassins à flot* y más de treinta en Liverpool.



ROSA CON ESPINAS

La necesidad de obras tan gigantescas y de tanto costo no es, sin embargo, el mayor de los inconvenientes de los puertos de marea, con ser ya tan onerosa semejante necesidad.

Las olas y las corrientes baten, descarnan, desagregan, muelen y dispersan los materiales de las costas; las minan, las roen, y hasta cambian su configuración. Aun las piedras graníticas ceden á los embates y roces incansantes de las arenas y de los guijarros que las embestidas huracanadas del mar ponen en movimiento. En las costas escarpadas, las olas tempestuosas socavan las rocas por su base; enormes masas de piedra se desgajan y desprenden: al caer, se hacen trizas; las aguas luego arrastran los guijarros, los desgastan y redondean con el roce de los unos contra los otros, los trituran y porfirizan, y los convierten al fin en menuda arena ó en finísimo fango, según la naturaleza de las costas en que el mar hace erosión.

Las corrientes litorales, y, sobre todo, las mareas, arrastran tales detritos, y los depositan en el interior de los

senos y de las anfractuosidades de las costas. Hé aquí la causa de los aterramientos, en general.

Todavía el fenómeno se complica en la mayor parte de los puertos, por el transporte de tierras, limo y arenas de los ríos, perpetuos niveladores de la corteza terrestre, que llevan á la mar constantemente las eminencias de las montañas.

En el Océano, esos acarrees fluviales se combinan con los de las mareas, y su resultante constituye los estuarios y barras, y, además, esas ensenadas de canales muy profundos, cerca de los cuales se encuentran los principales puertos del globo: Hamburgo á la entrada del Elba, Londres en el Támesis, Havre en el Sena, Liverpool en el Mersey, Lisboa en el Tajo, Nueva-York en el Hudson, Buenos Aires en el Plata, Calcuta en el Ganges, etc., etc. En el Mediterráneo, los acarrees fluviales producen sólo deltas, á cuyas bocas no existen puertos de consideración porque las corrientes de los ríos mediterráneos no cavan esos canales profundos, carácter principal de los puertos

de barras y estuarios. Alejandría no se alza sobre el Nilo, ni Marsella sobre el Ródano, ni Odesa sobre el Danubio.

Los deltas están constituidos por los materiales traídos desde el interior de los países atravesados por sus ríos, como el delta del Nilo, que cubre una superficie de más de dos millones de hectáreas. Los estuarios se forman, no sólo con los detritos de las montañas, sino también con las erosiones de las costas; y sus materiales no permanecen estacionarios como los de los deltas; antes bien, arrastrados por las corrientes del mar, suelen trasladarse hasta costas muy lejanas.

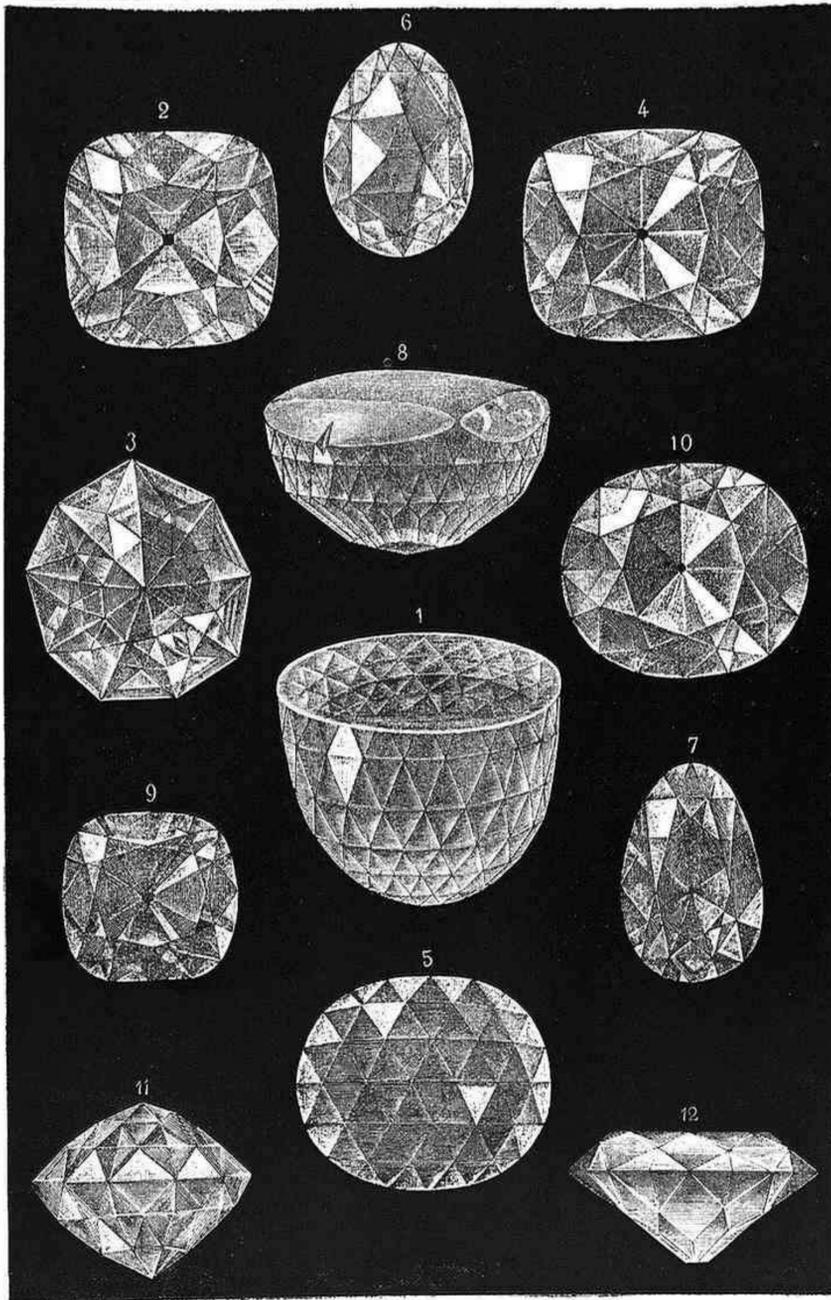
La potencia de estos acarreo aturde la imaginación.

En las costas del Sena inferior, la mar socava, roe y tritura una faja de roca de 228 kilómetros por 60 metros de alto y 30 centímetros de espesor, lo que produce una erosión de más de 4 000 000 de metros cúbicos. En Calvados, el desprendimiento, en una extensión de 110 kilómetros, se calcula en más de un millón.

Entre las islas de Wight y Dover, en un trayecto de 250 kilómetros, las erosiones importan cuatro millones y medio de metros cúbicos de guijarros. A Fécamp llevan las corrientes 5000 metros cúbicos de piedra, por año; al Havre, 1400; a Sainte Valéry, 18000; a Dieppe, 30,000. Los fangos, más fáciles de acarrear por la marea, se acumulan por masas enormes en algunos puertos. En Saint-Nazaire entran anualmente 200000 metros cúbicos de fango. En Cádiz, los acarreo litorales de las olas, y los fluviales del Guadalete, tienen casi cegada su bahía, antes una de las mejores del mundo. El Guadalete, cuando hay lluvias torrenciales en la comarca, puede muy bien introducir en las ensenadas gaditanas más de un millón de toneladas cúbicas de fango correspondientes a una lluvia torrencial de 24 horas.

La enorme sedimentación de los detritos litorales acarreados por las olas, y de los orográficos arrastrados por los ríos, ha hecho desaparecer muchos puertos oceánicos.

Pensar en los dragados contra los aterramientos oceánicos es sencillamente una candidez, porque las fuerzas naturales nunca duermen, y en la lucha de ellas contra el capital, siempre resulta éste vencido. Muchas millonadas ha gastado Cádiz en dragados anticientíficos y el resultado nunca ha sido perceptible. Contra las fuerzas naturales no hay más recurso que oponerles sábiamente otras, y la ciencia humana ha sabido apoderarse de las fuerzas mismas de las mareas, para hacer-



ALGUNOS DE LOS MAYORES DIAMANTES DEL MUNDO (tamaño natural)

1. Orlov, diamante que adorna el cetro del emperador de Rusia: 194  $\frac{3}{4}$  quilates.—2. El Regente, de la corona de Francia: 136  $\frac{3}{4}$  quilates.—3. 11. Gran duque de Toscana, perteneciente al emperador de Austria: 139  $\frac{1}{2}$  quilates.—4. 12. Estrella del Sur, diamante del Brasil, en poder de la casa Halphen: 125 quilates.—5. Amarillo Florentino, en el del emperador de Austria.—6. El Sancy, en el del príncipe Demidoff: 53  $\frac{1}{3}$  quilates.—7. Diamante verde, en Dresde, 40 quilates.—8. Ko-i-noor (montaña de luz), en poder de la reina de Inglaterra, antigua forma, 280 quilates: 10, nueva forma, 106  $\frac{1}{16}$  quilates.—9. Diamante azul, en el de la casa Hope de Amsterdam: 44 quilates.

les remediar los daños que ellas causan. El ingeniero ha dicho: ¿Las mareas producen los aterramientos en los puertos oceánicos? Pues que las mareas mismas destruyan esos aterramientos.

Hé aquí cómo.

A la creciente y hasta el momento de la pleamar, se permite la entrada del agua marina en grandes receptáculos preparados al efecto: (a veces, a costa de muy onerosos sacrificios).

Al empezar la menguante, no se deja salir el agua, para lo cual se cierran compuertas oportunas. El agua, así, se conserva represada, y en alto, hasta el momento de la bajamar; y entonces se suelta de golpe el líquido represado, el cual, con una fuerza torrencial, se precipita en los canales obstruidos, y en poquísimos instantes los despeja de sus obstáculos, arrebatando vigorosamente, no sólo el fango y la arena, sino hasta los bancos de guijarros, que arrastra hacia el mar, donde los entrega a las corrientes litorales, para que los transporten a parajes en que no causen perjuicios.

No cabe más sencillo procedimiento.

El torrente, como es natural, trabaja proporcionalmente a su masa y al cuadrado de su velocidad; por lo cual los receptáculos deben ser de mucha extensión y evacuables en el menor tiempo posible. Mientras más viva es la marea, mayor es la amplitud, y más pujante, por tanto, la caída de la represada catarata; y mientras más obstruidos están los caños, más brillantes los efectos, porque toda la fuerza del torrente se emplea contra los obstáculos y las obstrucciones.

El efecto de los torrentes de limpia (*chasses* de los franceses, *scouring basins* de los ingleses) es muy considerable; y tanto, que nadie, a primera vista, los calcularía tan poderosos y eficaces. En Calais, doce limpieas torrenciales se llevaron 100000 metros cúbicos de arena, es decir, un banco de un kilómetro de largo por 100 metros de ancho y uno de alto.

En Tréport, cada torrente de limpia se lleva 3000 metros cúbicos de guijarros.

En Dieppe, 1500, también de piedra.

En Dunkerque no existiría el puerto sin las *chasses*, que dejan salir por segundo 820 metros cúbicos de agua.

Lo mismo sucedería en Sunderland, sin su *scouring basin*.

Claro es que, para que los efectos de las represas torrenciales de limpia sean un máximo, hay que someter el procedimiento a condiciones puramente técnicas y ajenas de este artículo.

E. BENOT



EL MAESTRO DE DANZAR, cuadro por Mantegazza

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON